
De los imaginarios a las prácticas La conservación de los centros históricos: tensión y complejidad social

Alejandro Araujo Pardo

La especificidad del tiempo del historiador consiste justamente en sostenerse en esa tensión entre una sensación de continuidad del presente con respecto al pasado y la idea de la existencia de un abismo que se amplía e instituye una discontinuidad entre ambas dimensiones.

François Dosse

Es prácticamente un lugar común señalar que todo acto de conservación supone, también, un acto de eliminación, un reacomodo completo de lo dado y por lo mismo una construcción. Conservar es también hacer, decidir, optar y elegir; por ello, simplemente, todo acto de conservación requiere un intento de reflexión tanto ética como política.

En el ámbito profesional en el que me muevo –la investigación histórica– entiendo la reflexión como una forma de tomar distancia de nuestro presente a partir de “viajes” o “paseos” por otros tiempos. Más que pasear por espacios históricos que habitan el presente, los historiadores tenemos el extraño gusto de introducir ausencias y vacíos en el presente con el fin de sacudir nuestras certezas, de historizar nuestra presente condición histórica.

En este sentido, para apuntar o poner en escena algunos de los problemas éticos y políticos que se asoman en las discusiones actuales en torno a la conservación de los centros históricos, me interesa realizar un rodeo que permita mostrar la manera en que podemos pensar la relación entre historia, conservación y espacio urbano si acudimos a la mirada historiográfica. Este rodeo se realizará en tres apartados y una pequeña conclusión.

I. CONSERVACIÓN, HISTORIA Y PATRIMONIO

A primera vista es posible señalar que las estrategias de conservación o patrimonialización de objetos o prácticas son formas de permitir y garantizar la continuidad histórica de las sociedades. Los objetos que permanecen en el tiempo, dice Josep Ballart, “[...] transmiten de una manera directa a los individuos noticias y sensaciones que provienen del pasado. [...] El legado, el patrimonio que se hereda, es una manera de mantener en contacto en el círculo social familiar, más allá de la muerte, una generación con la siguiente, y eso todo el mundo, quien más quien menos, lo ha experimentado en propia carne”.¹ Por ello, insiste, el patrimonio es una puerta al pasado y conservar estos objetos se entiende como la mejor forma de conservar nuestro pasado y de poderlo usar para el futuro, en el futuro.

El diagnóstico es más o menos acertado, pertinente; ha servido, pues, de discurso normativo de la práctica de patrimonialización y de conservación que ha funcionado en la historia occidental aproximadamente desde el siglo XVIII hasta nuestros tiempos. Sin embargo, algo de este diagnóstico no me parece del todo convincente. Para realizar una crítica del mismo me gustaría introducir una cita literaria, una referencia que he decidido utilizar con frecuencia, en otros momentos y en otros espacios, porque ilustra de manera muy clara una de las tesis centrales que he decidido seguir: la conservación es un acto realizado en un presente y es, por lo tanto, una forma de establecer relaciones entre pasado, presente y futuro.

En “Conservación de los recuerdos,” una de las breves historias de cronopios y de famas, Cortázar señala lo siguiente:

Los famas para conservar sus recuerdos proceden a embalsamarlos en la siguiente forma: luego de fijado el recuerdo con pelos y señales, lo envuelven de pies a cabeza en una sábana negra y lo colocan parado contra la pared de la sala, con un cartelito que dice: “Excursión a Quilmes”, o: “Frank Sinatra”.

Los cronopios, en cambio, esos seres desordenados y tibios, dejan los recuerdos sueltos por la casa, entre alegres gritos, y ellos andan por el medio y cuando pasa corriendo uno, lo acarician con suavidad y le dicen: “No vayas a lastimar-

¹ Joseph Ballart, *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Barcelona, Ariel Patrimonio, 2002, p. 29.

te”, y también: “Cuidado con los escalones”. Es por eso que las casas de los famas son ordenadas y silenciosas, mientras que en las de los cronopios hay gran bulla y puertas que golpean. Los vecinos se quejan siempre de los cronopios, y los famas mueven la cabeza comprensivamente y van a ver si las etiquetas están todas en su sitio.

Para los famas, el pasado debe ser catalogado, ordenado, cuidado, restaurado. Custodios de los recuerdos intentan exhumar un pasado para controlarlo y preservarlo, quizá para inactivarlo. No hay duda que el texto de Cortázar obliga a que su acción, la de los famas, nos resulte incómoda y molesta, desagradable. Parece cercana a la misma crítica que hiciera Nietzsche (y junto a él, después de él, muchos más) a la historia, a la ciencia histórica.

Los cronopios, por su parte, realizan algo diferente con sus recuerdos; el pasado convive en el presente. Ni se puede ni se debe ordenar. Habitamos su mismo espacio, cohabitamos con él, se cuele. Más que protegerlo debemos acariciarlo, soportarlo tiernamente. En este caso, parece que el texto nos invita a hacer lo que los cronopios hacen, su acción nos parece, en principio, envidiable. De esta forma enfrentamos una situación que parece dirimirse ante dos posibles alternativas para tratar el pasado: protegerlo encapsulándolo o dejarlo fluir entre nosotros.

Lo interesante de ambas formas de tratar el pasado, de conservarlo, es que nos permiten realizar una crítica al presupuesto común, ese que dice que el patrimonio es una ventana al pasado y que su conservación, por lo mismo, garantiza nuestro acceso al mismo. De entrada la tensión entre famas y cronopios nos exige revisar si la mejor forma de conservar los recuerdos es clasificándolos y ordenándolos; o si, por el contrario, conviene dejarlos fluir, tratándolos con cuidado y afecto, porque están aquí con nosotros, constituyendo eso que somos. Pero además, la entrada de estos dos curiosos personajes nos permite crear una nueva ficción que nos permitirá conectar este apartado y el siguiente.

Imaginemos que nuestras sociedades actuales están habitadas por puros famas o por puros cronopios, o que son ellos, los famas o los cronopios (no ambos mezclados), los que tienen el encargo social de llevar a cabo una política de conservación de los recuerdos de nuestra sociedad. ¿Cómo

serían en cincuenta años, en cien, nuestras sociedades? ¿Qué aspectos tendrían? ¿Qué se habría conservado y guardado? ¿Cómo circularían los recuerdos? ¿Qué efecto tendrían los mismos para la constitución del orden social?

Sigamos el juego y pensemos por el momento en qué pasaría si la sociedad presente hubiera sido conservada sólo por famas y para famas: ¿qué harían los famas futuros con los paquetes embalsamados y etiquetados que los famas de hoy les heredaron? ¿Cambiarían los sellos? ¿Restaurarían afanosamente las piezas catalogadas dejándolas intactas? ¿Les quitarían o dejarían su pátina? ¿Cambiarían el contenido de las etiquetas? O, para comenzar a desatar un poco más de complejidad, ¿serían capaces de hacer de los famas pasados (nuestros famas del presente) un recuerdo más por catalogar e inventariar? Y si lo hicieran, ¿no tendrían que volver toda la colección hecha por los famas pasados un recuerdo más de los muchos que ellos se dedicarían a guardar? Es decir, ¿no tendrían que poner una nueva sábana que tuviera una etiqueta que apuntara: proyecto de conservación de los famas de 2008?

Pensemos ahora en una sociedad conservada por cronopios para cronopios. ¿Sería posible para los cronopios futuros distinguir sus recuerdos de los recuerdos que tenían los cronopios de su pasado, o sea, los cronopios de nuestro presente? ¿Tendrían los cronopios futuros recuerdos propios y por tanto un pasado propio? En síntesis: ¿cómo sería el futuro, qué sería el futuro, para los cronopios y los famas de nuestro futuro?

La entrada de estos dos seres del bestiario cortazariano puede permitir postular dos imaginarios, más o menos sólidos, en torno a la manera en que entendemos hoy las relaciones entre pasado, presente y futuro. Los famas son herederos de la ilustración; nacieron con ella. Se trata de aquellos seres que más que sentirse instalados en el tiempo se conciben por encima del mismo, pueden clasificar porque pueden separar su presente de su pasado, y porque introducen una distancia que rompe la continuidad y luego la reintroduce simbólicamente. Incluso, podríamos decir, cosifican el tiempo. Ellos creen que su pasado es *El pasado*, es decir, suponen la existencia de algo así como el pasado (o la Historia) que existe independientemente del observador y que puede sobrevivir y guardarse sin que exista un presente que mantenga una relación vital con él.

Por su parte, los cronopios anuncian una forma de entender la temporalidad que propone que el *pasado está vivo en el presente*. Para ellos no es posible superar ni separar el pasado porque éste es constituyente de lo que son, es productor de la lógica que permite el funcionamiento de la vida actual. Lo extraño de estos también extraños seres es que no pueden darse cuenta de ello, tratan con ternura sus recuerdos porque no es algo que se haya quedado atrás, porque está tan vivo como ellos mismos y como los otros seres con los que conviven y cohabitan sus espacios de vida.

Sin duda alguna establecer una disyuntiva de famas contra cronopios es desviar el camino de lo que quizá sucede al interior de nuestras sociedades. Y es que las sociedades de hoy no han sido conservadas ni sólo por famas ni sólo por cronopios. Han sido actores conscientes de archivar como actores afectados por el pasado los que dan sentido y rumbo a las sociedades que vivimos. Es decir, en las sociedades el pasado está por todos lados, se cuele y aparece en donde menos se le espera, salta y se asoma, aparece en nuestras costumbres, vínculos, redes, instituciones, hábitos, lenguajes, conflictos, sin siquiera reparar en él como pasado; pero, también, las sociedades han creado espacios e instituciones que introducen el pasado en el presente, lo conservan en su interior y lo catalogan y etiquetan como pasado; así aparecen entre los vivos algunos museos, ruinas, monumentos históricos, obras de arte, zonas arqueológicas que tienen casi como único valor ser legado del pasado y que, muchas veces, pierden o carecen de cualquier otro valor diferente al indicado. De esta forma, producen espacios y objetos que aun cuando están en el presente, parecen remitirnos al pasado (son las puertas al pasado de las que habla Ballart). Sin embargo, estos espacios etiquetados y catalogados fueron conservados en un momento particular, en un presente que decidió por razones concretas mantener intactos esos recuerdos.

En este sentido podríamos decir que en todo acto de conservación al estilo fama existen recuerdos tipo cronopio que orientan sus pasos, que les permiten elegir qué conservar y qué deshechar, es decir, en todo acto de conservación intencional existen hábitos, costumbres, tradiciones consolidadas en el tiempo y por el tiempo, que los conservadores (legitimados por un orden habitual) han recibido y que son los criterios que usan para definir qué se debe guardar, cómo se debe hacerlo y qué es lo que se guarda al conservar dichos objetos.

Todo parece indicar que la forma de conservación que los cronopios siguen es ingenua: no saben qué guardan ni cómo lo guardan, conviven simplemente con el pasado. Sin embargo, me parece que los famas son también algo ingenuos: creen que han ordenado su pasado, aunque es el pasado hecho presente (un orden social) el que dicta sus operaciones de archivación y ellos ni cuenta se dan.

II. CIUDAD, TEMPORALIDAD Y CONSERVACIÓN

Como mejor se percibe el trabajo del tiempo en el espacio es en el plano urbanístico. Una ciudad conforta [¿o confronta?], en el mismo espacio, épocas diferentes, ofreciendo a la mirada la historia sedimentada de los gustos y de las formas culturales.
Paul Ricoeur

Al hablar de los cronopios y los famas hemos comenzado a esbozar el tema que me interesa seguir: la conservación de los recuerdos es una práctica trazada desde imaginarios concretos que no sólo define qué se debe guardar sino qué quiere decir que los recuerdos se conserven, es decir, cómo es usado el pasado por cada sociedad o en forma más compleja, cuál es la experiencia de la temporalidad de cada sociedad.²

En este ensayo me interesa reflexionar en torno al problema de la conservación de los Centros Históricos; asunto que nos lleva de lleno al tema de la relación entre espacio y temporalidad, ciudad y temporalidad. Tema complejo, desde luego, pues la posibilidad de establecer relaciones y vínculos entre espacio y tiempo es, indiscutiblemente, un problema múltiple e inabarcable.

Por ello, para entrar al tema de manera “amable” prefiero utilizar otra imagen literaria que permitirá, junto con los personajes cortazarianos, reflexionar en torno al tema de la forma en que el tiempo se hace espacio en las ciudades, siguiendo la bella sugerencia de Paul Ricoeur. Sigo para ello

² François Hartog ha llamado a esto régimen de historicidad en un texto reciente, clave, me parece, para volver a pensar la experiencia de la temporalidad que norma nuestras sociedades actuales. François Hartog, *Regímenes de historicidad*, México, UIA; 2007. Hay un artículo que recoge algunas de sus ideas titulado “Órdenes del tiempo, regímenes de historicidad” en *Historia y grafía*, UIA, núm. 21, México, 2003; de este último he tomado las citas que aparecerán posteriormente.

a Italo Calvino, referente importante y casi ineludible para tratar los asuntos de la conformación de las ciudades de nuestros tiempos. Una de sus *ciudades invisibles* que lleva el nombre de Zaira es descrita a Kublai por Marco Polo de la forma siguiente:

Inútilmente, magnánimo Kublai, intentaré describirte a Zaira, la ciudad de los altos bastiones. Podría decirte de cuántos peldaños son sus calles en escalera, de qué tipo los arcos de sus soportales, qué chapas de zinc cubren los techos; pero ya sé que sería como no decirte nada. La ciudad no está hecha de esto, sino de relaciones entre las medidas de su espacio y los acontecimientos de su pasado. [...] Una descripción de Zaira tal como es hoy debería de contener todo el pasado de Zaira. *Pero la ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano* [...].

El pasado contenido en un espacio es una bella metáfora para pensar el orden urbano. De hecho, la simple idea de “orden” supone el establecimiento de reiteraciones y repeticiones, de hábitos, de lazos de unión entre pasado y presente, incluso también con el futuro, consolidando un orden que permita resolver la contingencia del mismo. En este sentido, una ciudad contiene su pasado en las relaciones entre sus espacios, en los vínculos que permite o prohíbe entre sus habitantes, en la forma en que ha logrado configurar fronteras entre diferentes grupos, en la manera en que ha establecido y delimitado territorios propios y ajenos; también al exhibir presencias pasadas con el fin de sostener el recuerdo de acontecimientos fundacionales, de momentos axiales, de traumas colectivos o, simplemente, de recuerdos íntimos, singulares, que permiten marcar formas diversas de apropiación de la ciudad.

Por ello, las ciudades confrontan en un mismo espacio tiempos heterogéneos –heteróclitos– que se colocan a la vista de una mirada que quiere distinguir cortes y rupturas. Pero los procesos de sedimentación urbana, por llamarlos siguiendo de nueva cuenta a Paul Ricoeur, no se establecen por “naturaleza” propia. Los restos del pasado en el presente fueron selecciones operadas por presentes que son hoy nuestro pasado y que decidieron conservar un edificio, una plaza, una jardinera, una iglesia porque veían en dichos objetos parte del legado que dicho presente (pasa-

do nuestro) quería dejarle al futuro. Fueron actos de conservación que se hicieron bajo la guía de un fama catalogador que quiso exhibir por alguna razón el pasado, haciendo uso de él en su presente, o de un cronopio que siguió empleando los objetos sin saber bien a bien cuál era su origen y su función en el pasado, pero que lo revitalizaba porque le daba sentido a su vida. En este sentido, es posible decir que en las ciudades tenemos pasados que se han guardado y clasificado “con pelos y señales”, que visitamos y recorremos bajo la idea de que son “ventanas o puertas” al pasado; pero, también, tenemos en las ciudades pasados que se han colado sin haber sido clasificados, *pasados que regresan*, que *acechan como fantasmas*³ sin tumba y que siguen dictando o definiendo las operaciones y las prácticas que realizamos todos los días.

La cita de Calvino nos permite pensar que toda ciudad está constituida por *pasados presentes*.⁴ Es decir, que el pasado está contenido en el orden urbano como lo está el pasado (y el futuro) en las líneas de la mano. La entrada de los personajes cortazarianos nos anuncia que hay dos formas diferentes de mantener pasados presentes. La primera, estilo fama, supone que alguien del pasado (en el pasado de nuestro presente) hizo una selección, operó un corte, decidió que la ciudad debía de mantener vivos –presentes– ciertos edificios o zonas que eran parte del pasado. La segunda, estilo cronopio, supone que hay cosas del pasado que no logramos identificar como tales, pero que permiten conformar las relaciones sociales que dan vida a lo social, que determinan sus conflictos, que permanecen presentes quizá como fantasmas.

En relación a la primera forma de conservación, la que se realizó en un pasado con intención de conservar su propio pasado y legarlo a la posteridad, se han realizado estudios importantes que han querido revisar la manera en que esas construcciones, esos actos de conservación generaron un

³ Existe en la manera como entiendo el problema del regreso del pasado una referencia psicoanalítica evidente, la tomo sobre todo del trabajo de Michel de Certeau, quien, como se sabe, realizó amplias reflexiones en torno a los efectos que la teoría psicoanalítica tiene en el trabajo del historiador. En relación al tema del patrimonio y la ciudad se puede ver un breve pero sugerente ensayo del mismo autor titulado “Los aparecidos de la ciudad” en *La invención de lo cotidiano. Vol. 2 Habitar, cocinar*, UIA, México, 1999, pp. 135-146.

⁴ Al decir pasados presentes hago alusión a los trabajos de Reinhart Koselleck en torno a las semánticas de la temporalidad; véase, sobre todo, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 y *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001.

impacto importante en la conformación de la identidad nacional, pues definieron un contenido simbólico de la nación, seleccionando y excluyendo bienes y objetos, patrimonios materiales e inmateriales. Estos estudios han mostrado que desde finales del siglo XIX funcionó un paradigma conservacionista⁵ vinculado de manera estrecha con la necesidad de construir, trazar, inventar o definir los contenidos simbólicos de la identidad nacional. Desde este paradigma un conjunto importante de monumentos, objetos, edificios, se decidió conservar para estimular y consolidar el espíritu identitario nacional, para trazar y diseñar la comunidad imaginada⁶ que hoy reconocemos como México.

Los estudios realizados en torno a este tema se dedicaron a mostrar que el patrimonio, el recorte seleccionado de objetos del pasado que se decidió conservar, fue “usado” y “construido” por algunos “sectores sociales” con el fin de imponer o instaurar una memoria común para todos los mexicanos. Me interesa rescatar algunos de los elementos que Enrique Florescano mencionaba hace ya algunos años en el texto introductorio al libro *El patrimonio nacional de México*.

Para Florescano son cuatro puntos centrales los que hoy en día no podemos eludir cuando hablamos de conservación y selección de aquello que se considera o se podrá considerar patrimonio. Primero, es importante reconocer, dice Florescano, que “cada época rescata de manera distinta su pasado y realiza una selección de los bienes que posee”⁷ (todos los pasados tienes sus famas catalogadoras). Segundo, que esta selección se realiza “de acuerdo con los particulares valores de los grupos sociales dominantes” y que “la configuración nacional” de éste [del patrimonio] casi nunca coincide con la verdadera nación sino con los intereses de ese Estado”.⁸ (Los famas, además, imponen su visión de los recuerdos a todos los demás miembros de la sociedad, sean éstos otros famas o algunos cronopios perdidos. En este sentido, las memorias cronopios y las memorias de famas no poderosos han corrido el riesgo de ir desapareciendo como parte de

⁵ Enrique Florescano (coordinador), *El patrimonio nacional de México*, México, FCE, 2004.

⁶ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1993.

⁷ Enrique Florescano, “El patrimonio nacional. Valores, usos, estudio y difusión” en Enrique Florescano (coordinador) *El patrimonio nacional de México I*, F.C.E./CONACULTA; México, 1997, p. 15.

⁸ *Idem*.

nuestro pasado). Tercero, que se deriva de los anteriores, en donde propone que el nacimiento del tema del patrimonio puede entenderse como parte del proyecto de formación de las naciones en el siglo XIX y XX, y que por lo mismo “el patrimonio nacional no es un hecho dado, una entidad existente en sí misma, sino una *construcción histórica*, producto de un proceso en el que participan los intereses de las distintas clases que conforman la nación”.⁹ Importa fechar el nacimiento del fama clasificador, sobre todo desde una perspectiva histórica, pues nos permite reconocer que antes de la modernidad era imposible que existieran famas declarados y concientes. Había cronopios que mantenían la tradición porque era viva, pero no existía forma clara de clasificar y operar un corte entre pasado y presente. De esta forma, lo que se conservaba del pasado era lo que resultaba útil a la sociedad, sin que en estas sociedades existiera aquello que hoy llamamos conciencia histórica. El cuarto y final punto mencionado por Florescano indica que, dado que se trata de una construcción histórica, el patrimonio se va modificando “a partir del rejuego de los distintos intereses sociales y políticos de la nación”.¹⁰ Este punto es interesante, pues supone que algunos de los objetos olvidados en el pasado por los famas conservacionistas “legítimos” pueden volver a ser recordados para exigir su clasificación por otros actores –ahora legítimos por diversas contingencias históricas– para realizar nuevos recortes y nuevas clasificaciones; también permite mostrar que algunos objetos que sí fueron seleccionados podrán hoy ser desechados al revisar su “escasa representatividad” social. Lo interesante es indicar que existe tensión, que hay conflicto de intereses y que dicho conflicto pone en escena una dimensión estrictamente política en los actos de conservación.

De esta forma, procediendo como historiador, Enrique Florescano inserta el nacimiento de la noción de patrimonio nacional a la historia, es decir, vuelve al fama un personaje histórico que actuó en función de un presente diferente al nuestro, a partir de unas condiciones históricas particulares. Al realizar esta operación, Florescano abre una brecha entre pasado y presente, separa un presente (el del pasado) de otro presente (el nuestro)

⁹ *Ibidem*, p. 17.

¹⁰ *Ibidem*, p. 18.

para señalar que las necesidades de nuestra sociedad son otras. Así, nos permite reconocer que si los recuerdos guardados fueron “pertinentes” en el pasado, pues formaba parte de una “situación” histórica, ya no lo son de la misma forma hoy en día. Y ello porque han cambiado las relaciones entre los actores de la nación, sobre todo, entre el “Estado y la sociedad, entre el capital y la sociedad, y entre las instituciones sociales y la sociedad”.¹¹

Lo interesante y complejo de su descripción, es que en este nuevo juego de relaciones, en esta nueva realidad, Florescano ve una realidad “mejor” a la anterior. Pues parece ser el anuncio de una forma más adecuada de integrar al conjunto de bienes, una serie de objetos antes despreciados (incluyendo además bienes inmateriales) pero sobre todo porque parece ser una forma de “democratizar” la selección, la apropiación y los usos del patrimonio.

En sentido similar se presentan los textos de Bonfil Batalla y de García Canclini en el mismo libro. Bonfil acentúa una crítica severa a la imposición cultural de Occidente a lo largo de la historia del país, mostrando que lo nacional siempre ha sido lo que una élite muy concreta y localizable ha definido (un fama que además de todo es occidental), despreciando de múltiples formas a los diferentes sectores y culturas de la nación, sobre todo a los indígenas (cronopios débiles políticamente hablando que requieren ahora de un fama sensibilizado a sus necesidades para ayudarles a preservar sus recuerdos). Cabe resaltar que su visión no abandona cierto aire de sustancialismo en relación a la identidad y la cultura, profundamente cuestionable. García Canclini, por su parte, muestra que la conformación de la identidad cultural debe volverse a pensar en términos de relación, de movilidad, abriendo el debate a una situación que para comprenderse mejor debe de atender al mundo entero y a su dinámica contemporánea.

Sin detenernos más en estas propuestas podemos indicar que las tres hacen claramente visible la necesidad de reconocer la dimensión política y económica que está detrás de la conservación del patrimonio. Y más que eso. Consideran que es *mejor* que hoy en día existan grupos antes marginados que participan en la conformación del patrimonio nacional, porque amplían el proyecto nacional, y porque hacen de éste una unidad de lo

¹¹ *Ibidem*, p. 24.

plural y de lo múltiple. Insistiendo, por tanto, en la necesidad de tomar en cuenta a los diversos actores de la nación. Todo ello con la pertinente aclaración de que en materia de conservación de recuerdos, de reconocimiento de los mismos no existe especialista que pueda decir qué es lo que resulta mejor para una sociedad. Sin duda el argumento es consistente: no hay especialista que pueda decir qué es valioso recordar para una cultura.

III. EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO: PASADOS PRESENTES ENTRE FAMAS Y CRONOPIOS

Al cabo de hazañas y revelaciones, el Centro Histórico ni se deja modernizar ni admite el envejecimiento. Desde sus contrastes y en su desbordamiento, sigue siendo el archivo vital del país-reliquia que, desde cierta perspectiva, parece el complemento inevitable del país-mall del siglo XXI.
Carlos Monsiváis

Desde que el centro de la ciudad de México fue declarado Zona de Monumentos Históricos en el año de 1980 y, poco después, Patrimonio de la Humanidad en 1987, se hizo visible una forma de entender la lógica de la conservación completamente nueva. La ciudad dejó de ser espacio que tenía en su interior monumentos o edificios del pasado que había que conservar o restaurar, que dar a conocer, que cuidar. A partir de entonces, la ciudad es espacio que tiene en su interior un *espacio histórico*; un espacio patrimonio que contiene no sólo una cantidad enorme de edificios y monumentos (más de 1,500 se encuentran catalogados), sino que también tiene prácticas culturales, patrimonios intangibles, que pueden desaparecer si no los cuidamos debidamente y que podemos ir a ver, a experimentar y vivir con la sensación de estar en una ciudad *de otro tiempo*.

Al parecer la lógica de conservación de los centros históricos, incluida la del centro histórico de la ciudad de México, no es una sola. Siguiendo una propuesta muy sugerente de Daniel Hiernaux,¹² es posible mencionar que existen dos imaginarios centrales que se encuentran en tensión por ver cuál impone su lógica de conservación al interior de los centros históricos lati-

¹² Daniel Hiernaux, “Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choques de imaginarios y otros conflictos)” en *Lugares e imaginarios en las metrópolis*, México, UAM/Anthropos, 2006, p. 31.

noamericanos de nuestros tiempos. Para Hiernaux, las acciones e intervenciones en los centros históricos se orientan, como mencioné, por dos imaginarios encontrados; los patrimonialistas que vienen como legado del pasado y otros recientes que “derivan del asalto posmoderno a nuestras ciudades”.¹³ Su texto se asoma al conflicto presente, detecta las tensiones y anuncia los peligros que cada imaginario suscita en la conformación de nuestras ciudades. El imaginario patrimonialista se preocupa por conservar los restos del pasado para activar su valor histórico y artístico, también para activar su valor como productor de identidades nacionales; sin embargo, descuida las implicaciones sociales de sus actos de archivación, es decir, se olvida de la relación que los objetos conservados mantienen con las necesidades de la sociedad actual. (Se trata de una especie de fama en potencia que no reconoce la historicidad de su acto de archivación); el imaginario posmoderno “no hace *realmente* ciudad”, introduce “un espectáculo urbano” para aquellos que “anhelan nostálgicamente una vida urbana desaparecida décadas atrás”. Aquí los límites entre la ciudad espectáculo y la ciudad farsa son estrechos, dice Hiernaux: los centros históricos son espacios similares a los parques de diversión que usan la dimensión estética e histórica como atracción. El transeúnte posmoderno aprecia el derecho a acceder a un espacio en donde puede vivir la experiencia de ser “urbanista tradicional”; para hacerlo, los peligros de la urbe deben ser expurgados, la seguridad garantizada, el espacio domesticado (imaginarios cronopios pero usados por famas mercantilizadores del espacio).

Su propuesta es interesante: construir una reflexión que permita evitar la degradación de estos espacios “conjugando los diversos imaginarios en una visión unificada de los centros históricos, menos excluyente pero también más dinámica”. (Un imaginario cronopio, pero limitado tal vez por un Estado que regule la especulación, la marginación y la exclusión y/o por una opinión pública que permita indicar o dirimir los conflictos entre los diversos actores.)

En este sentido, para los historiadores como para los antropólogos, los centros históricos se han convertido en unos interesantes laboratorios para aplicar su observación. Laboratorio que adquiere toques de comedia o de

¹³ *Ibid.*

tragedia según el optimismo del observador. Monsiváis ha sido crítico en un texto muy reciente, *El centro histórico de la ciudad de México*,¹⁴ en donde ilustra con palabras las imágenes de Francis Alÿs. Uno de los aspectos que más llama la atención de su texto es la sugerencia de pensar que desde la construcción de Ciudad Universitaria y, posteriormente, con el desplazamiento a otros lugares de diferentes prácticas centrales del orden social (habitacionales, financieras, comerciales, políticas) el espacio central comenzó a dejar de serlo; poco a poco “al no albergar físicamente el conjunto de los símbolos se resignó a ser francamente simbólico”.¹⁵ Dentro de la misma sugerencia indica otros acontecimientos que impactaron de manera definitiva su antigua lógica de funcionamiento: la llegada del Metro, que masificó el Centro sin modernizarlo, “y el adjetivo de “histórico”, que presiona por iglesias y plazas remodeladas, fomenta en pequeña escala el turismo interno, canjea el recuerdo lírico de las tradiciones por las tesis de grado y de posgrado, y da paso a la saludable variedad de recuperaciones, rescates y defensas”.¹⁶

Luego, para rematar, habla de los sucesos más recientes, de las prácticas de rehabilitación que sobre el Centro Histórico de la ciudad de México se han realizado desde el 2002. Como medida de rescate, nos dice, hoy se propone “la gentrificación del Centro Histórico” y describe “el ritual de revaloración” en palabras similares a las siguientes: se elige un barrio desahuciado, se examinan las condiciones de seguridad/inseguridad; en el Centro Histórico de la Ciudad de México, los problemas eran visibles desde una mirada “rescatista” como la que pone en evidencia Monsiváis: ambulante, basura, pobreza, delincuencia, falta de servicios, problemas de agua. Detectados los problemas, dice, se invierten muchos millones de dólares, se remodelan edificios viejos, se expulsan a los carentes de recursos y “final de ensueño, se ofrece todo como la gran hazaña social”.¹⁷

¹⁴ Carlos Monsiváis, *El centro histórico de la ciudad de México*, México, Turner, 2006.

¹⁵ *Ibidem*, p. 41.

¹⁶ *Ibidem*, p. 46.

¹⁷ Dicho lo anterior introduce las palabras que utilicé como epígrafe en esta sección. La ciudad posapocalíptica se ha convertido en mall. Aunque, importa señalar, el mismo Monsiváis no soporta la tragedia que él mismo nos ha contado, algo más le queda al centro: comercios, museos extraordinarios, pequeñas fábricas, librerías, vecindades, oficinas, fondas, restaurantes, cantinas, etcétera.

La propuesta de Monsiváis es, desde luego, crítica, algo ácida como acostumbra. Por ello hay que tenerla muy presente. Si la organizamos a partir de las categorías-personajes que he usado en este texto, podríamos decir que el centro era un espacio vital, un espacio cronopio en donde el pasado, convertido en hábito, permitía cierto orden regular de acciones: espacio para comprar e intercambiar, para gobernar, estudiar, vivir, planificar e incluso pasear. Era centro porque orientaba la lógica de la ciudad e incluso de la nación, concentraba. Al salir la Universidad, al desplazar la zona financiera y comercial a otros territorios de la ciudad (y quizá hoy a lugares desterritorializados y que funcionan en un mundo virtual de nuevas tecnologías), al abandonar su función política y gobernar la nación desde otros espacios físicos, el centro se volvió, simplemente, simbólico y a partir de entonces, “histórico”. Todo parece indicar que la memoria cronopio se fue extinguiendo, eliminando, el pasado dejó de estar presente en el centro y por ello se ha vuelto territorio para que los famas lo reactiven como “lugar histórico.” Sin embargo, en esta reactivación, lo “histórico” se ha vuelto funcional en términos económicos, es rentable, capitaliza y genera plusvalía a una zona que en un abandono creciente fue subvalorada.

Siguiendo esta misma línea de reflexión, el texto de Daniel Hiernaux que he citado anteriormente permite matizar y distinguir con mayor precisión las tensiones que se generan en dicho espacio. Una vez que el centro se ha convertido en “histórico” la conservación de los recuerdos se ha puesto en marcha; el futuro del espacio depende de las estrategias que los encargados del “rescate” decidan emplear para “revitalizar” el lugar. Ésas son las tensiones que Hiernaux detecta y que pone en escena para activar una reflexión ética y política mucho más clara. Sin embargo, el asunto es, me parece, aun más complejo. Los únicos imaginarios en disputa no son el patrimonialista y el posmoderno.

Y es que no es cierto que las memorias cronopio hayan desaparecido de los centros históricos, al menos no del Centro de la ciudad de México. Existe un uso del espacio que no sólo se vincula con el deseo de acudir a él porque es histórico. El centro es sede también de viejos residentes que realizan un amplio conjunto de prácticas “barriales” que organizan el sentido de pertenencia y territorialidad del lugar; también se dan cita cotidianamente empleados de oficinas, de restaurantes, de museos que trabajan

en el espacio y que recorren sus calles porque es el lugar-entorno de sus prácticas productivas y encuentran en plazas, callejuelas, restaurantes, lugares de sociabilidad y de interacción que generan un apego particular al espacio y producen vínculos sociales importantes; sin duda, el Centro Histórico de la ciudad de México también sigue siendo lugar central de manifestaciones políticas, indicando con ello que no ha dejado de ser lugar central en el imaginario político del Estado-Nación: ahí se visibilizan las luchas, las demandas y los conflictos. También es espacio para la práctica del comercio informal, práctica que tiene su propia densidad histórica y una complejidad enorme, sin duda, pero que muestra también formas muy claras de la existencia de dinámicas pasadas al interior del presente y de los acomodos que las mismas siguen en el rejuego de las realidades políticas y económicas que atraviesa hoy en día el país.

Muchas de estas prácticas no son miradas con buenos ojos cuando se planea “rescatar” o “revitalizar” el lugar. De hecho, son los elementos que permiten hablar de la intervención en el espacio en los términos de “rescate”. Sin embargo, es imposible tratar estas prácticas simple y sencillamente como “indignas”; a través de estos usos, diversos actores sociales se han ido apropiando de un espacio, lo han hecho suyo, lo han convertido en su lugar de vida, de trabajo, en lugar para exponer sus desacuerdos y sus protestas. Es esta complejidad la que genera las tensiones más álgidas y la que invita a pensar en una práctica de intervención que no eluda la dimensión política y social que se pone en juego.

En este sentido, es indiscutible que la presencia de estos actores y de estas dinámicas *pasadas presentes*, nos lleva a pensar que no sólo están en conflicto dos imaginarios sobre la conservación (los patrimonialistas y los posmodernos), también están en conflicto las prácticas cronopio, cotidianas y en ocasiones invisibles que pueden ser completamente trastocadas, afectadas o silenciadas al definir el nuevo espacio histórico a partir de cualquiera de los dos imaginarios sugeridos.

IV. EL CENTRO HISTÓRICO Y EL TRABAJO DEL HISTORIADOR

Me interesa cerrar este texto señalando algunos de los puntos, de los temas que pueden ser abordados por la historia cuando se piensa en la

conservación de los centros históricos. En principio, podría decir que el historiador puede encontrar dos alternativas de trabajo. La primera, servir de recolector de datos: ya sea para el fama patrimonialista que se engalana con la información autorizada del historiador que le ofrece datos de estilos y fachadas, de acontecimientos y momentos históricos claves de la nación imaginada que renuncia a fenecer; o para el cronopio ingenuo que es usado por el promotor turístico o el empresario cultural que requiere de una información edulcorada con toques de intimidad y cotidianidad, de chisme y rumor local, de memorias barriales que venden bien y que permiten conformar un paquete turístico muy a la medida de los nuevos usuarios.

Pero el historiador también está en posibilidad de introducir otras dos propuestas de trabajo. La primera ha sido más o menos descrita en el apartado anterior. Se trata de una mirada histórica que permita pensar en el espacio atravesado por *densidad histórica*, es decir, por presencias pasadas, por *pasados presentes* que siguen vivos en el espacio. La noción de larga duración acuñada hace más de cincuenta años por Fernand Braudel puede ayudarnos a pensar los *estratos urbanos* atravesados por prácticas que tienen una profundidad histórica y que modelan las dinámicas complejas que ocurren al interior del espacio.

La otra que es, en realidad, la que me interesa más de manera personal, podría hacer del centro histórico un laboratorio de otro tipo. Uno que le sirva para incitar una operación historiográfica. Como el fama que es, el historiador no puede dejar de ver la ciudad como ese lugar del que habla Ricoeur: un espacio en el que se encuentran sedimentadas “épocas diferentes”, un presente cargado de historicidad. Medio arqueólogo también, el historiador pretende distinguir las etapas y pensar que cada una de ellas *fue un presente* que acumuló otros pasados e imaginó futuros distintos. Esta propuesta ha sido pensada a partir de algunos trabajos que me parecen sumamente interesantes y que me interesa comentar brevemente antes de cerrar.

Andreas Huyssen ha señalado que vivimos en una sociedad que está volcada al pasado como no lo había estado en tiempos anteriores. La memoria es, para él, uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los últimos años, se trata de un giro hacia el pasado que “contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro, tan característica

de las primeras décadas de la modernidad del siglo XX".¹⁸ Este giro le permite pensar que nuestra sociedad se encuentra ordenada por *pretéritos presentes* haciendo alusión al libro *Futuro pasado* en donde Reinhart Koselleck estudia las semánticas de la temporalidad de la modernidad. Si antes, en el pasado, la experiencia de la temporalidad estaba normada por *futuros presentes*, ahora el foco parece haber pasado a los *pretéritos presentes*.

Esta descripción se parece mucho a otra elaborada por el historiador François Hartog, para quien vivimos en una época que se caracteriza por "la máxima distancia entre el campo de la experiencia y el horizonte de espera, distancia que linda la ruptura. [...] Todo sucede como si ya no hubiera más que presente. [...] Este momento y esta experiencia contemporánea del tiempo constituyen lo que yo designo con el nombre de "presentsimo".¹⁹

Uno y otro piensan desde Koselleck para indicar que podemos hablar de un cambio notable en nuestros imaginarios sobre la temporalidad. Desde él incorporan la posibilidad de proponer que así como nuestro presente tiene una relación particular entre experiencia y expectativa, entre pasado y futuro, nuestros pasados pudieron articular de forma diferente esa misma relación. Es decir, se vuelve posible señalar que hay, como señala Koselleck, "presentes pasados con sus pasados pasados y sus futuros pasados [y] hay consecuentemente, un presente futuro con sus futuros pasados y sus futuros futuros".²⁰

La entrada de esta observación abre la posibilidad de historizar la experiencia de la temporalidad, de introducir una vía de trabajo que no se pregunte en torno a la forma como el pasado se encuentra presente hoy, que sería la vía de una historia que intente recuperar la densidad histórica del pasado en el presente; ni tampoco se preguntaría solamente por analizar la manera en que se articula la experiencia y la expectativa en nuestro tiempo. La intención sería otra. Se trataría de producir una historia que cuente la manera en que en otros tiempos se establecieron otro tipo de coordinaciones. Esta historia permitiría, por tanto, producir una *diferencia* entre el pasado y el presente, diferencia que

¹⁸ Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, FCE, Instituto Goethe, 2002, p. 13.

¹⁹ François Hartog, "Órdenes del tiempo, regímenes de historicidad" en *Historia y grafía*, UIA, núm. 21, México, 2003, p. 101.

²⁰ Reinhart Koselleck, "Continuidad y cambio en toda historia del tiempo presente. Observaciones histórico conceptuales", en *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia.*, Paidós, Barcelona, p.118.

abre la posibilidad de realizar una reflexión que pone a distancia “la misma coyuntura presente que le da origen”, de esta forma logra remontarse “muy lejos en el tiempo, en un esfuerzo por retornar más cabalmente al ahora, pero sin ceder nunca a la ilusión de una perspectiva dominante”.²¹

En este sentido, me parece posible pensar en una historia de la ciudad de México que permita captar los diferentes regímenes de historicidad que estimularon su creación, su diseño, su construcción, que hicieron posibles diferentes formas de apropiación y uso del espacio construido, que generaron diferentes estrategias de conservación y preservación de los recuerdos al interior del espacio urbano. La simple posibilidad de esta historia permitiría tener en cuenta algunos asuntos con los que quiero cerrar.

Por un lado se vuelve necesario aceptar que en nuestro pasado existieron otros presentes y que las acciones de conservación realizadas sobre su pasado y de cara a su futuro alteraron plenamente la ciudad que vivían, pero que además dejaron organizada una ciudad que hoy no es la que imaginaron, aunque sea la nuestra. Por otro lado, reconocer que, así como nuestro presente tiene pasados presentes, debe tener también futuros presentes. En ese futuro presente, nosotros seremos pasado. Bajo la concepción moderna de la temporalidad, la conciencia de ser presente que abría futuro, permitía decir aquellas frases que hoy son nostalgia como la historia nos absolverá. Hoy hemos perdido, en buena medida, la brújula. Sabemos que seremos pasado del futuro, pero no tenemos claro ni definido qué es lo que queremos dejar a ese futuro.

Hay quien dice que somos amnésicos, que no queremos dejar nada, que ya no recordamos. Huyssen y Hartog no comparten del todo esa impresión. Para ellos, más que amnésicos somos presentistas y queremos conservar todo. A mí me parece que recordar que hay presentes pasados, con sus pasados y sus futuros, y futuros presentes que también tendrán sus pasados y sus futuros, puede servir tanto para relativizar un poco nuestro presente y sacudir nuestras certezas, como para exigirnos una toma de posición ética y política que no sólo establezca un compromiso con nuestro presente, sino también con aquellos muertos-fantasmas que habitan nuestras ciudades y con aquellos que llegarán y que serán sus futuros usuarios. ❧

²¹ Hartog, *op. cit.*, p. 101.